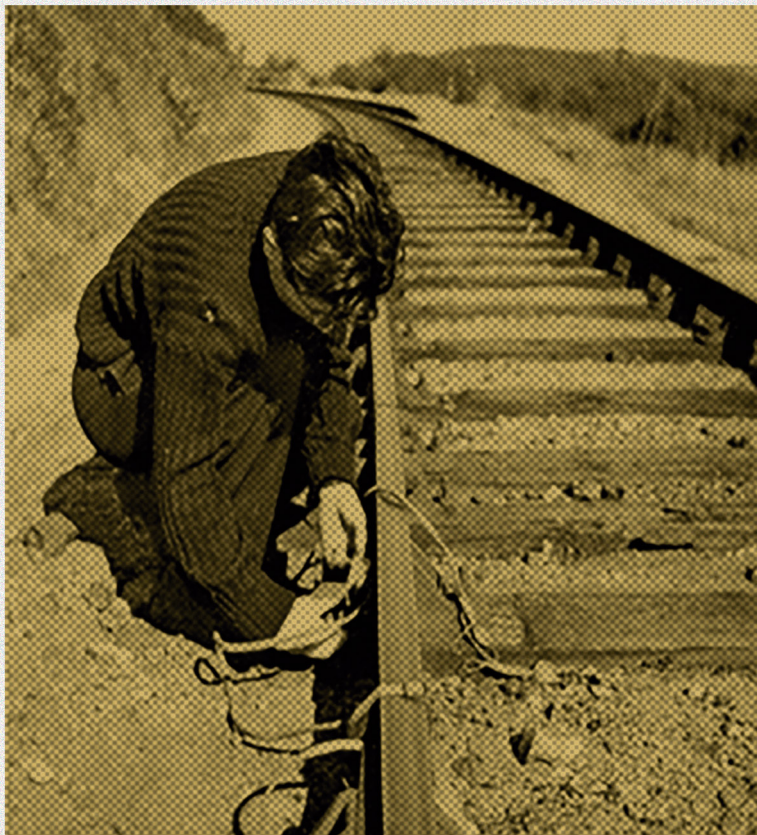


Caraquemada

*Por los senderos de la guerrilla
contra el régimen franquista*



Prometeo Ediciones
Colección Libelos #4

CARAQUEMADA

Por los senderos de la guerrilla contra el régimen franquista

En el 90º aniversario de la Revolución social de 1936.

Título original: *Caraquemada: Sur les sentiers de la guérilla contre le régime franquiste.*

Extraído de *Avis de Tempêtes* #15 (*Bulletin anarchiste pour la guerre sociale*), marzo de 2019.

Traducción y correcciones: UNA.

Diseño: EPIMETEO.

Ilustraciones: FRANS MASEREEL.

Impreso en Barcelona. Verano de 2026.

Nadie, puedo asegurarlo, nadie se puede haber portado con los desvalidos, con los necesitados, con los que toda la vida fueron robados y perseguidos, mejor que nosotros, los incontrolados, los forajidos, los escapados de presidio.

ANÓNIMO.

Nosotros, boletín de la Columna de Hierro.

12 de marzo de 1937



PALABRAS PREVIAS

¡Vivamos! La resignación es la muerte. La rebelión es la vida.

ALBERT LIBERTAD

La recuperación de la memoria no consiste únicamente en rescatar nombres y acontecimientos del olvido, sino también en volver a poner en circulación experiencias, trayectorias y formas de resistencia que hacen parte de la historia de quienes lucharon contra la opresión y el fascismo. Este texto dedicado a Ramón Vila Capdevila nace de esa necesidad: la de mantener viva una memoria que durante décadas fue silenciada, deformada o relegada a los márgenes.

Conocido también como *Caraquemada*, Ramón Vila representa una de las expresiones más persistentes de la resistencia libertaria tras la derrota de la revolución y la guerra. Su trayectoria no pertenece únicamente a la historia de la guerrilla antifranquista; forma parte de un recorrido más amplio de dignidad, rebeldía y continuidad de la lucha anarquista frente a la dictadura. Recuperar hoy su figura no responde a un ejercicio de nostalgia,

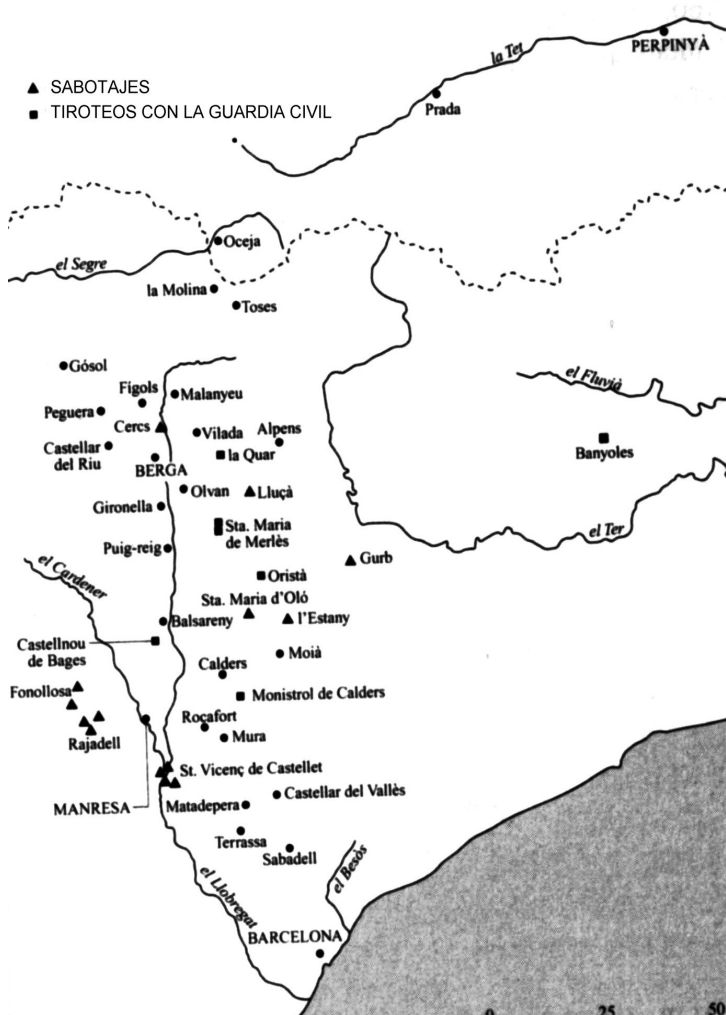
sino a la voluntad de comprender un tiempo histórico atravesado por enormes esperanzas y profundas tragedias, y de reconocer a quienes decidieron no aceptar la derrota como destino.

Esta edición pretende contribuir modestamente a ese esfuerzo colectivo de memoria, entendida no como un refugio en el pasado, sino como una herramienta para interrogar el presente y mantener abiertas las preguntas sobre la libertad, la lucha y la negación de lo existente.

Anarquistas de Prometeo.

Verano de 2026

ZONA DE ACTUACIÓN GUERRILLERA DE RAMÓN VILA





CARAQUEMADA

Por los senderos de la guerrilla contra el régimen franquista



Volver sobre los pasos de un anarquista que durante mucho tiempo actuó en solitario, atravesando los Pirineos de un lado a otro para llevar a cabo sabotajes en territorio franquista, no es en absoluto una tarea fácil. Y cuando además se constata que la dirección del Movimiento Libertario en el Exilio no apoyaba la lucha armada clandestina, o lo hacía solo de boquilla, la dificultad no hace sino aumentar: las huellas de los numerosos compañeros anarcosindicalistas y anarquistas que perdieron la vida en la guerrilla contra el franquismo han sido documentadas solo de forma fragmentaria por «sus propios camaradas», que permanecieron más o menos a salvo bajo el amparo de la legalidad republicana francesa.

Aunque de manera incompleta y a pesar de fuentes a veces contradictorias, se intentará aun así reconstruir aquí la trayectoria de Ramón Vila Capdevila, apodado *Caraquemada*. Este compañero luchó durante décadas a su manera, siempre que fue posible en buena compañía y, si no, en solitario, tratando constantemente de desorganizar las fuerzas del enemigo, de sembrar el caos en

sus filas, de echar arena en sus engranajes, atacando sin descanso las infraestructuras de energía y transporte.

Ramón Vila Capdevila nació el 2 de abril de 1908 en el pueblo de Peguera, cerca de la pequeña ciudad de Berga, en los Pirineos catalanes. Debe su apodo de *Caraquemada* a un triste accidente de su juventud. En 1923, una violenta tormenta estalló mientras Ramón y su madre trabajaban en el campo. Refugiados bajo un árbol, fue allí donde cayó el rayo. Su madre murió en el acto, mientras que Ramón sufrió graves quemaduras que dejaron marcas indelebles en su rostro. Más tarde, recibiría otro apodo, esta vez ligado a su carácter solitario, salvaje y obstinado: «Jabalí».

Ramón era un joven inquieto. No podía quedarse en un sitio y se marchaba durante largas semanas deambulando por la montaña sin que nadie supiera dónde estaba. Para ganarse la vida, se trasladó siendo aún muy joven a las minas de Cercs, en Fígols. Fue allí donde Ramón se afilió a la Federación Anarquista Ibérica (FAI) de la región del Alt Llobregat y a la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), de carácter anarcosindicalista. Esta organización de masas había sobrevivido a los años difíciles del pistolerismo de la década de 1920, cuando la patronal contrataba mercenarios para asesinar a militantes obreros, y ya había pasado por distintos periodos de ilegalidad.

A esos años se remonta también la presencia de

grupos de acción que actuaban dentro o en los márgenes de la CNT: pequeños grupos de anarquistas que respondían con las armas a la violencia patronal y estatal, llevaban a cabo sabotajes y ataques contra la represión, y llenaban, mediante expropiaciones, las cajas de la organización anarcosindicalista en apoyo a las huelgas obreras.

A comienzos de la década de 1930, la CNT intentó también en varias ocasiones desencadenar la insurrección revolucionaria para proclamar el comunismo libertario, pero los levantamientos quedaron circunscritos a ámbitos locales y fueron aplastados por la represión. Ramón participó, como miembro de uno de estos grupos de acción, en uno de los intentos insurreccionales más conocidos: el de la cuenca minera del Alt Llobregat en enero de 1932.

El 18 de enero de ese año, obreros anarcosindicalistas, apoyados por distintos grupos de acción y anarquistas experimentados como Durruti, desencadenaron la insurrección: fábricas y minas fueron ocupadas por trabajadores armados en toda la cuenca industrial, los ayuntamientos fueron asaltados y se proclamó el comunismo libertario. El jefe del gobierno republicano español, Azaña, envió entonces al ejército. La masacre prevista no llegó a producirse, pero cientos de obreros fueron encarcelados, y más de un centenar de anarquistas (entre ellos Durruti, Ascaso, Oliver, ...) fueron deportados a la colonia española de Guinea Ecuatorial o a las islas Canarias, en virtud de la Ley de Defensa de la República.

Ramón fue finalmente detenido en las montañas de los alrededores junto a otros supervivientes de la insurrección, y posteriormente encarcelado en Manresa durante cerca de un año como «prisionero gubernativo» (sin juicio, tal y como permitía la ley de emergencia). La insurrección del Alt Llobregat también había puesto de manifiesto las tensiones existentes dentro de una CNT que ya contaba con cientos de miles de afiliados. Por un lado, estaban quienes querían mantenerse dentro del marco republicano, apostando por el crecimiento cuantitativo de la organización y la obtención de reformas importantes; por otro, quienes consideraban que los tiempos estaban maduros para una acción insurreccional que, aunque pudiera fracasar, encendería en cualquier caso antorchas inextinguibles en el camino hacia la Revolución social.

A su salida de prisión, Ramón se trasladó a Barcelona y participó en las agitaciones obreras. No se conocen muchos detalles sobre su actividad, pero es probable que volviera a integrarse en grupos de acción anarquistas, como sugiere su participación en 1935 en un atraco en Algemesí (provincia de Valencia). Durante la huida, el coche de los expropiadores se estrelló contra un árbol y Ramón fue detenido, al igual que su compañero Ramón Ribes Capdevila. Encarcelados en Tortosa (Cataluña), ambos Ramón lograron, por suerte, fugarse poco antes de su juicio.

El 10 de abril de 1936 se les vuelve a situar en otro atraco, esta vez a una farmacia en Castellón. Sorprendidos por la policía, los anarquistas abrieron fuego: un agente cayó abatido en el acto, mientras que Ramón Ribes resultó gravemente herido (fallecería posteriormente a causa de sus heridas). *Caraquemada* consiguió aun así abandonar aquel maldito lugar, entre otras cosas lanzando ampollas de gas paralizante. Perseguido por transeúntes que guiaban a la policía, fue finalmente detenido en un campo de naranjos a las afueras de la ciudad y trasladado después a la prisión de San Miguel de los Reyes (Valencia).

En este antiguo monasterio transformado en prisión, donde las posibilidades de fuga eran escasas, Ramón sabía que corría un gran riesgo de pasar allí largos años. Sin embargo, no contaba con el nuevo intento insurreccional de sus compañeros que tuvo lugar unos meses más tarde, en julio de 1936, y que esta vez se volvió a su favor. En Valencia, los núcleos anarquistas que más tarde formarían la *Columna de Hierro* asaltaron la prisión de San Miguel, abrieron todas las puertas y dejaron a los presos elegir entre marcharse por su cuenta o integrarse en lo que se convertiría en la mítica *Columna de Hierro*, conocida por su intransigencia y su lucha constante por la Revolución social. Ramón, como cerca de 400 otros presos, decidió unirse a la *Columna de Hierro*, que estableció un frente contra los fascistas fuera de Valencia.

Fiel a la convicción de que la guerra contra los fascistas debía coincidir plenamente con la Revolución social anarquista, la Columna organizó varias incursiones a la «retaguardia», especialmente en Valencia y Castellón, para combatir la colaboración de parte de los dirigentes de la CNT con las fuerzas republicanas y estalinistas, y oponerse a la represión de estas últimas contra los logros revolucionarios. Ramón participó, entre otras, en una de estas acciones en Castellón, donde fueron quemados los archivos policiales, así como los registros y catastros de propiedad.

Bajo la presión de una CNT atrapada en sus compromisos con las demás fuerzas antifascistas, que exigían la militarización de las milicias confederales, la asamblea general de la *Columna de Hierro* del 21 de marzo de 1937 acabó cediendo como las demás: la Columna fue disuelta y quienes lo desearon pudieron integrarse en la 83.^a Brigada Mixta del ejército republicano. Ramón se negó y regresó a Berga. En marzo de 1938 fue movilizado y se incorporó a la 153.^a Brigada Mixta, resultado de la militarización de la Columna Confederal *Tierra y Libertad*.

A finales de marzo, la brigada fue cercada por las tropas fascistas. Ramón vagó durante semanas en territorio hostil hasta que logró regresar a la zona republicana. Entonces volvió a Fígols. En febrero de 1939, junto con medio millón de otros refugiados, cruzó la frontera española y fue internado en el campo de concentración

de Argelès-sur-Mer, donde las durísimas condiciones de vida causaron numerosos muertos.

En 1940, Ramón corta las alambradas del campo de Argelès, se fuga y se une a los grupos anarquistas implicados en la lucha clandestina. Realizan numerosas incursiones en España, cruzando los Pirineos a pie, y ponen en marcha una red de evasión para ayudar a quienes quieren escapar de las zonas bajo control alemán.

En 1942, durante un paso por Francia, Ramón es detenido por soldados alemanes en las calles de Perpignan. Al no poder presentar documentos auténticos, es encerrado en la ciudadela, donde, como a otros españoles, se le propone ir a trabajar en una mina de bauxita en Bédarieux (Hérault) para la *Organización Todt*, el grupo de ingeniería civil y militar del Tercer Reich, basado en destacamentos de trabajadores forzados extranjeros.

En febrero de 1944, tras saber que la Gestapo lo buscaba después de seguir su rastro, se evade del trabajo forzado en la mina e ingresa en el maquis, primero en la red *Menessier* cerca de Limoges (encargada de recuperar las armas y el material lanzado por los aliados), y después en junio en el grupo de Francs-Tireurs-Partisans (FTP) de Rochechouart, en Haute-Vienne. Técnico cualificado en sabotajes y en el uso de explosivos, encontrará en el maquis a numerosos anarcosindicalistas españoles.

Tras el desembarco aliado del 6 de junio de 1944, Ramón (convertido en el *Capitaine Raymond*) y su ma-

quis participan activamente en las operaciones de hostigamiento contra la división acorazada ss *Das Reich* en su camino hacia Normandía. El 7 de junio sabotean el viaducto de Saint-Junien y al día siguiente ocupan el Ayuntamiento. El 11 de junio, con doscientos *maquisards*, Ramón participa en la estación de Mussidan, cerca de Périgueux (Dordoña), en el ataque a un tren blindado que quedó inmovilizado tras la muerte de unos cincuenta soldados alemanes.

El 1 de agosto participa con éxito en la defensa de la pequeña ciudad de Chabanais, atacada por los nazis, y después, del 12 al 21 de agosto, en los combates por la liberación de Limoges. Ramón participa posteriormente en decenas de operaciones contra las divisiones ss antes de integrarse en un nuevo destacamento, formado casi exclusivamente por libertarios, que tomará el nombre de *Batallón Libertad* en Villeneuve-sur-Lot (Lot y Garona). Este batallón participará hasta mayo de 1945 en la liberación de los últimos focos ocupados por las tropas alemanas en la fachada atlántica.

Con la derrota de la Alemania nazi, las esperanzas de muchos exiliados españoles se reavivan. A pesar de las dudas de los dirigentes de la CNT en el exilio, se forman numerosos grupos de guerrilla para cruzar los Pirineos y llevar la lucha al corazón de la bestia franquista. Ramón Vila no duda ni un segundo, como tantos otros compañe-

ros cuyos nombres más conocidos son Sabaté, Facerías, Wenceslao, Massana, entre otros.

Al principio trabaja sobre todo como guía de alta montaña para acompañar a los grupos de acción durante su travesía de los Pirineos. Por su parte, el PCE lanza también una operación bajo su dirección en octubre de 1944, pero al puro estilo soviético, concentrada y militarizada: una *gran invasión* de la España franquista. El PCE hará avanzar a más de 3.000 guerrilleros hacia los valles de Arán y del Roncal, donde se enfrentarán a una resistencia encarnizada y bien organizada de las tropas franquistas, y serán derrotados.

Aunque algunos grupos esporádicos de guerrilla comunista y republicana persistirán hasta 1948, año en que sus dirigentes considerarán que toda acción armada está perdida, son sobre todo los grupos libertarios los que vuelven al ataque, con una guerrilla de pequeños grupos ágiles y móviles que actúan tanto en el campo (especialmente en las montañas catalanas, al oeste de Tarragona, en la región de Valencia y en Aragón) como en la ciudad, especialmente en Barcelona.

El entusiasmo y la determinación de estas numerosas pequeñas agrupaciones de resistentes anarquistas, que cuentan con importantes apoyos dentro de la propia España, no solo chocan con las dificultades de la lucha clandestina y con un aparato represivo implacable y bien organizado, sino también con las divisiones, la burocracia

cia, el oportunismo político y las luchas de hegemonía de los círculos dirigentes de la CNT en el exilio con base en Toulouse, siempre divididos entre quienes querían seguir colaborando con el gobierno republicano en el exilio y quienes consideraban esa colaboración un fracaso total y una deriva fatal —lo que no impidió que los defensores de esta postura, como Federica Montseny y Germinal Esgleas, construyeran por su parte una burocracia asfixiante, una gestión centralizada y una propaganda de discursos duros que en general quedaron en papel mojado, perjudicando seriamente la lucha clandestina—.

Los años entre 1945 y 1949 conocerán así un fuerte aumento de la actividad de los grupos de guerrilla anarquista en España, con numerosos tiroteos, atentados, emboscadas y sabotajes, pero también con muchas compañeras y compañeros caídos en combate. Según las estadísticas de los historiadores, más de dos mil guerrilleros de todas las tendencias encontrarán la muerte en esos años.

En los primeros años de la posguerra actuó como guía para varios grupos de acción —su primera incursión en territorio franquista en esta etapa parece datar del 21 de abril de 1946, cuando acompañó al grupo de Sabaté hasta Barcelona, donde estos iban a llevar armas e intentar eliminar al confidente Eliseo Melis Díez—. Ramón también formó su propio grupo de acción y de apoyo logístico necesario en la zona del Berguedà, a caballo entre España

y Francia. Otro grupo anarquista, en torno al compañero Massana, también estaba activo en esa misma zona, adecuada para el paso desde Francia hacia Barcelona —entre colinas, valles, bosques y montañas—, donde además persistía cierta presencia anarcosindicalista o de simpatizantes de la lucha antifranquista entre la población local —obreros, campesinos y montañeses—.

Durante las largas marchas por los Pirineos, los grupos de guerrilla tuvieron que enfrentarse en varias ocasiones a la policía. Al mismo tiempo, también había que conseguir medios económicos para sostener la lucha. Ramón parece haber participado en varias de estas expropiaciones, como en noviembre de 1946, cuando junto al grupo de Massana asaltaron la tesorería de la Compañía de Lignito de Cercs, una acción que repetirían un año después, el 17 de marzo de 1947, o el atraco a un gran propietario terrateniente en Malanyeu.

Una de las constantes de la resistencia libertaria durante todos estos años fue, además, el intento de eliminar al propio Franco. En mayo de 1947, Ramón guio por ejemplo a través de la montaña a un grupo de treinta compañeros que pretendían tender una emboscada al dictador, que debía visitar la región del Bages. El plan consistía en minar la carretera, hacer explotar la carga al paso del convoy y rematar la acción con fusiles ametralladores y pistolas. Algunos miembros del grupo fueron sorprendidos por la policía y tuvieron que abrir fuego,

alertando a todas las fuerzas represivas de la zona y haciendo imposible la continuación del plan.

Entre 1947 y 1948, Ramón volvió a participar en varios atracos, como el 25 de junio de 1948, cuando junto a Massana realizó expropiaciones importantes en Sant Corneli y Sant Salvador. En esa época, tras acompañar a los grupos de acción que se dirigían a Barcelona o sus alrededores, Ramón, acompañado a veces por otro compañero y otras en solitario, no podía evitar aprovechar el regreso para realizar sabotajes: así hizo explotar en dos ocasiones las canalizaciones de agua de la fábrica de carbones de Berga, paralizando la producción, o voló torres de las líneas de alta tensión Fígols-Vic, una práctica que se convertiría en una de sus actividades favoritas para sembrar la desorganización en los engranajes del franquismo.

Los cruces de los Pirineos a pie y las largas estancias en las montañas y los bosques no eran un paseo, y los guerrilleros podían tardar hasta tres semanas en llegar a las inmediaciones de Barcelona desde Francia. Estas travesías exigían esfuerzos físicos muy importantes y, además, requerían una atención constante debido a la presencia de numerosas patrullas de la Guardia Civil, así como de posibles delatores entre la población rural.

Testimonios de compañeros que participaron en expediciones en las que Ramón era el guía destacan su fuerza hercúlea, pero también su resistencia excepcional. En varias ocasiones ocurrió que sus acompañantes

estaban exhaustos, incapaces de seguir el ritmo de marcha por la falta de comida y de descanso, pero Ramón no solía dar importancia a ello y se negaba a ceder. No había ganado su apodo de *Jabalí* por nada.

El año 1949 conocerá un importante repunte de la actividad de los grupos de acción anarquistas, en contra de la opinión de los burócratas de la CNT en el exilio en Toulouse. Para Ramón, el año comienza con algunas dificultades. Tras acompañar al grupo de Massana en la zona de Girona, donde estos realizan varias expropiaciones en fábricas, el 28 de febrero Ramón y otro compañero, Pernales, se topan con una patrulla de la Guardia Civil en Miquel de Pinós. Se produce un tiroteo; un agente resulta gravemente herido. Ramón también es alcanzado, pero consigue huir a través del bosque junto a Pernales. Desde allí regresa después a su base en el mas Tartàs, del lado francés.

Finalmente recuperado de su herida en abril, vuelve a los caminos, esta vez para transportar una importante carga de explosivos hacia un punto de apoyo de la guerrilla interior, cerca de la ciudad de Manresa, situada a unos sesenta kilómetros de Barcelona.

Unas diez personas lo esperaban allí para organizar una operación de sabotajes coordinados. Divididos en cinco grupos, cada uno encargado de una zona, así, en una noche de mayo de 1949, varias torres de líneas de alta tensión fueron serradas y derribadas con explosivos,

mientras que el ferrocarril también fue sabotado en varios puntos —en particular haciendo estallar dos transformadores—. Fue un éxito total: la electricidad de buena parte de Manresa y de sus zonas industriales quedó cortada durante varios días, y la circulación ferroviaria hacia la ciudad quedó paralizada.

De regreso al mas Tartàs, la gendarmería francesa realizó una nueva redada (ya lo había hecho dos años antes) y encontró, de nuevo, un importante arsenal de armas y explosivos, lo que supuso para Ramón una estancia de unos meses tras las rejas. Saldría en julio de 1949 tras una amnistía concedida por el gobierno francés, pero las autoridades lo obligaron a instalarse en el Puy-de-Dôme. Allí permanecería unos meses, antes de eludir el control de la policía francesa.

En septiembre de 1949, Ramón volvió a partir y guió hasta las afueras de Barcelona a un grupo de seis compañeros vinculados a Saturnino Culebras, pero este viaje tomó un giro trágico. Durante el regreso, el compañero italiano Helios Ziglioli fue sorprendido comprando comida por la policía y abatido. Esto puso a las fuerzas del orden tras la pista de Ramón y de su acompañante, el joven hermano del *Quico* Sabaté, Manuel Sabaté, que fue detenido dos días después. Ramón consiguió aun así regresar a Francia. Un mes más tarde, en octubre de 1949, el grupo de Saturnino Culebras fue detenido en Barcelona

y posteriormente juzgado junto a Manuel Sabaté. Estos dos fueron condenados a muerte y ejecutados el 24 de febrero de 1950; los demás recibieron condenas de treinta años de prisión.

En términos generales, la policía española llevó a cabo en 1949 importantes redadas en la zona donde actuaban precisamente los grupos de Ramón y Massana. Bajo torturas atroces, pronto se añadieron nuevos nombres a las listas de la Guardia Civil, y varios fueron condenados a muerte o ejecutados mediante la aplicación de la ley de fuga (se cuentan al menos 29 compañeros abatidos o ejecutados, 11 heridos y 57 detenidos entre 1947 y 1950). El grupo de Massana, por ejemplo, cayó varias veces en emboscadas policiales, causando la muerte de varios guerrilleros.

A pesar de esta sangrienta ola represiva, Ramón cruza de nuevo la frontera a finales de año, el 22 de diciembre de 1949, esta vez para acompañar al nuevo grupo ya muy activo en Madrid y Barcelona de Wenceslao (*Wences*, antiguo miembro del grupo de Facerías, había formado en febrero su propio grupo de guerrilla urbana con sus amigos de infancia de Zaragoza, *Los Maños*).

Como ocurrió demasiadas veces, aquella fue de nuevo la última vez que Ramón pudo despedirse de aquellos compañeros, ya que tres de ellos morirían dos semanas más tarde tras ser delatados: Wenceslao sería abatido por la policía en las calles de Barcelona en ene-

ro de 1950, mientras que Simón Gracia y Plácido Ortiz, detenidos el mismo día, serían condenados a muerte y fusilados en diciembre de ese año.

Por su parte, como de costumbre, Ramón no siguió al grupo hasta Barcelona y dio media vuelta antes de llegar a la ciudad, una vez cumplida su peligrosa labor como guía. En el camino de regreso, la noche del 4 al 5 de enero de 1950, hizo estallar dos torres de alta tensión cerca de Sant Vicenç de Castellet.

Dos meses más tarde, y como nada indica que Ramón hubiera regresado a Francia, se puede suponer que permaneció oculto en las montañas catalanas. A continuación se le atribuyen otros sabotajes de la red eléctrica: el 20 de marzo cae una torre en Santa Maria d'Oló, el 21 de marzo otra sufre el mismo destino en Cercs, y el 23 de marzo es la vía férrea la que salta por los aires entre Barcelona y Manresa, en las proximidades de Sant Vicenç de Castellet.

Cuando finalmente regresa a Francia en abril de 1950, la gendarmería lo está esperando al otro lado de la frontera y lo intercepta. Y, como de costumbre, esta informará sin escrúpulos a la Guardia Civil. Ramón es finalmente liberado de las cárceles republicanas en julio de 1950.

Un año más tarde, casi día por día, el 17 de julio de 1951 a las 22 horas, los habitantes de Lluçà escucharon varias detonaciones en la colina de Plana. Se trataba de

la torre 117 de la línea de alta tensión entre Fígols y Vic, que había sido volada: otro golpe del anarquista Ramón *Caraquemada*. La Guardia Civil se apresuró a interrogar a numerosos habitantes de la zona, pero nadie les dijo gran cosa, lo que los llevó a describir en su informe una «falta de civismo y de cooperación con las fuerzas del orden, sabiendo que estas casas están situadas en una zona muy propicia para el bandidaje».

Diez días después, el 26 de julio por la noche, nuevas detonaciones resonaron en el Mont Marcet, cerca de Sant Vicenç de Castellet. Tres torres habían sido atacadas, pero solo una se derrumbó. En la primera, se habían serrado dos patas, frente a una sola en las otras dos torres. Un artificiero del ejército concluyó que las cargas utilizadas para derribarlos no habían sido lo suficientemente potentes: «en la torre 2699 había tres cargas de 200 gramos de TNT alemán y una mecha de cuatro metros». Es más probable que las cargas hubieran sido colocadas de forma deficiente por la prisa provocada quizá por el cerco policial de la zona: en la primera pata previamente serrada, el explosivo había funcionado correctamente, pero la explosión debió apagar la mecha de la carga colocada en la segunda, también serrada. Ramón y otros saboteadores actuaban a menudo de esta manera.

Para derribar una torre, serraban dos patas paralelas a la línea eléctrica y colocaban una carga de unos 500 gramos

de dinamita (o equivalente) en cada una de las dos patas serradas o en las otras dos, uniendo las cargas con cordón detonante para asegurar una explosión simultánea. La fuerza de la explosión arrancaba entonces el tramo de las patas serradas o hacía doblarse las dos patas no serradas, provocando la caída completa de la torre hacia el lado de las patas serradas, arrancando al mismo tiempo los cables eléctricos.

El 4 de agosto de 1951, entre Aguilar de Segarra y Rajadell, tres nuevas torres fueron derribadas. Además, las vías del ferrocarril entre Barcelona y Zaragoza fueron saboteadas, lo que provocó el descarrilamiento de un tren expreso sin causar víctimas.

Durante esta estancia en las montañas catalanas, Ramón y el compañero que lo acompañaba también habrían asaltado el Hotel Alfa en Fígols, así como el ayuntamiento de un pequeño pueblo, para hacerse con papeles, documentos y sellos. Tras estas incursiones nocturnas y vindicativas, Ramón volvió a cruzar al otro lado de los Pirineos.¹

1. También conviene precisar que en los años 1951-1952 Ramón se encontraba algo más aislado, ya que Facerías se había marchado a Italia y el Estado francés tomó medidas restrictivas contra las actividades anarquistas clandestinas para ayudar al régimen franquista. Francisco Quico Sabaté fue, por ejemplo, puesto bajo arresto domiciliario en Dijon entre 1951 y 1955

Un año más tarde, alrededor del verano de 1952, se vuelve a encontrar un rastro de Ramón en Cataluña. Se sabe poco de sus actividades durante todo ese periodo, salvo que estuvo implicado en una expropiación en Fígols en mayo, y que el 11 de julio, en Vilada, él y otro compañero fueron sorprendidos por una patrulla de la Guardia Civil, pero lograron huir tras un tiroteo.

Hacia finales de ese año, el Estado franquista considera oficialmente que ha logrado finalmente acabar con la resistencia libertaria armada, mientras que, por su parte, los burócratas del movimiento libertario español en el exilio en Toulouse hacen todo lo posible por desalentar a quienes quieren incorporarse a la lucha clandestina y a los grupos de compañeros que aún siguen activos.

Al año siguiente, en 1953, la represión franquista logra un gran golpe al conseguir dismantelar el pilar que va de la mano de los ataques: la difusión de ideas. En junio, los interrogatorios intensos a miembros del PSUC

(año en que retomó la lucha), mientras que Marcell Massana fue detenido en Toulouse por la DST en febrero de 1951, tras haber solicitado el gobierno franquista su extradición. Aunque esta última fue rechazada, Massana fue igualmente asignado a residencia en un pequeño pueblo de Deux-Sèvres y luego en Leucamp (Cantal) hasta 1956. Posteriormente no retomó sus actividades anteriores.

(detenidos en Barcelona permiten, poco a poco, que la policía obtenga numerosas direcciones de militantes clandestinos de la CNT, y después localizar la imprenta clandestina de *Solidaridad Obrera*, el periódico de la CNT. Entre los anarquistas detenidos en la imprenta se encontraba su responsable, el argentino Edgar Zurbarán, un antiguo miembro del grupo de Massana que precisamente había cruzado la frontera el año anterior con la ayuda de Ramón.

Pero las torres seguirán cayendo aquel verano, a pesar de la ola represiva y de las detenciones de numerosos militantes de la CNT. En la zona del Bages y Osona, donde se encuentra Ramón con otros compañeros, varias son derribadas entre el 21 y el 23 de junio de 1953. El 27 de junio, una carga explosiva interrumpe también toda la circulación ferroviaria entre Barcelona y Sant Joan de les Abadesses. El 15 de julio, unos guerrilleros, entre los que posiblemente se encontraba Ramón, hieren a un teniente de la Guardia Civil en un tiroteo en Oristà. El 23 de julio vuelven a derribarse varias torres en la región del Bages, y de nuevo dos días después, el 25 de julio.

Todos estos sabotajes provocan en cada ocasión importantes cortes de electricidad, afectando tanto a las ciudades como a las infraestructuras industriales de la región. Ese mismo verano de 1953, a Ramón se le atribuirá un tiroteo en el que la esposa de un médico inglés resulta muerta durante una excursión en coche por las

montañas catalanas. El hecho causó un gran escándalo en aquella época a ambos lados de los Pirineos. La historia se vuelve aún más oscura cuando aparece la información de que el médico inglés probablemente trabajaba para los servicios secretos británicos.

Pero aunque toda la prensa tenía interés en atribuir este asesinato a uno de esos anarquistas intransigentes como *Caraquemada*, el compañero Antonio Téllez —que escribió las biografías de Sabaté, de Facerías y otros libros sobre esta guerrilla libertaria contra el régimen de Franco— afirma de forma categórica que, si Ramón no se presentó ante las autoridades judiciales francesas para demostrar su inocencia en este asunto, fue porque no confiaba en ellas, con razón. Y aún menos en plena caza de brujas. Otro guerrillero anarquista, Joan Busquets, dirá en los años noventa que Ramón no tenía nada que ver con el caso de la pareja británica.

Sin especular más sobre su posible implicación, este asunto acabaría influyendo de manera duradera en la vida de Ramón. Los burócratas del movimiento libertario en el exilio gritaban al escándalo al ver que un crimen sangriento se les atribuía indirectamente, mientras que algunos compañeros menos alejados de las actividades de Ramón empezaban, por su parte, a desconfiar de él.

A partir de ese año, Ramón cortó definitivamente todos los puentes con la Organización y se limitó a

frecuentar únicamente a sus compañeros y amigos más cercanos. Ahora también buscado en Francia, vivirá en la clandestinidad a ambos lados de los Pirineos. Abandonado por la Organización a la que tanto había dado desde su juventud, no por ello dejó sus actividades ni sus incursiones «explosivas» en España; simplemente las realizaba con más frecuencia en solitario.

A partir de 1953, las instancias dirigentes de la CNT y de la FAI en el exilio consideraban, en cualquier caso, que la continuación de las actividades de guerrilla era perjudicial. Sabaté lo experimentó a su vez de forma amarga y se distanció mucho hasta cortar los vínculos con la Organización de la calle Belfort en Toulouse (en 1955 creará los Grupos Anarcosindicalistas (GAS), que publicarán su propio órgano, *El Combate*).

En cuanto a Massana, un buen amigo de Ramón, se había retirado de la lucha en 1951 debido a problemas con la dirección del movimiento libertario y a un incidente con la aduana francesa en Couflens (Francia) el año anterior. Fue a él a quien los dirigentes de Toulouse confiaron entonces la misión de ir a hablar con Ramón para convencerlo de que detuviera sus propias actividades. Era, por supuesto, el único enviado que Ramón aceptaba recibir, pero eso no cambió en nada su decisión de negarse a deponer las armas.

Si sus actividades subversivas fueron necesaria-

mente más reducidas y más solitarias, no por ello dejaron de existir. Cada verano desde su ruptura, como en los meses especialmente activos de julio y agosto de 1951 y 1953, Ramón partía sistemáticamente a España para llevar a cabo varios sabotajes. Hasta 1960 existe muy poca documentación sobre estos, y solo algunas huellas posteriores.

A finales de los años 50, todos los que continúan deben encajar de todos modos golpes muy duros. Hay muchas detenciones y muchos muertos entre estos compañeros, pero también entre sus apoyos y cómplices. En 1957, por ejemplo, Facerías muere en Barcelona tras un enfrentamiento con la Guardia Civil; tres años más tarde, en 1960, Sabaté muere con las armas en la mano en Sant Celoni.

Un año después, sin embargo, la voz de la dinamita de Ramón proclama alto y claro que nada ha terminado, y no solo bajo el sol del verano: en febrero de 1961, varias torres son derribadas en Rajadell, cerca de Manresa. Pocos días después, otro poste vuela por los aires en Pla de Vilamajor. Luego Ramón vuelve al lado francés, siempre en la clandestinidad.

También en 1961 se reúnen las dos grandes escisiones del Movimiento Libertario en el Exilio. Con motivo de este gran congreso celebrado en septiembre, incluso se decide relanzar la lucha clandestina en España. De acuerdo con las costumbres de la CNT, se crea un organismo bajo el control de la secretaría general: *Defensa Interior*. Cada ten-

dencia enviará allí a sus representantes, algunos de buena fe, otros más movidos por su afán de control sobre las posibles actividades de este organismo de lucha clandestina.

A pesar de algunas acciones, la actividad de *Defensa Interior* será casi nula, sobre todo por falta de apoyo que llega incluso al sabotaje por parte de la propia organización madre. Las grandes resoluciones tomadas en el congreso de reunificación quedaron en papel mojado, y *Defensa Interior* fue desmantelada en el congreso de 1965.

Todavía en relación con distintos niveles del Movimiento Libertario que seguían siendo favorables a la acción directa, quienes realmente querían reactivar la lucha clandestina acabarían por autonomizarse un año más tarde, para liberarse del control orgánico y ganar autonomía operativa —lo que dará lugar, entre otros, al *Grupo Primero de Mayo* en 1966, pero esa es otra historia—.

En cualquier caso, en 1961 Ramón ya sabía por experiencia lo que valían las bellas proclamas que salían del *chiringuito de la calle Belfort*, y continuó la lucha sin esperar nada de ello ni deberles ya nada.

El año siguiente, el 5 o 6 de julio de 1962, cruza de nuevo la frontera partiendo de Prades, en los Pirineos Orientales, esta vez en compañía de Pedro Antonio Sánchez Martínez. Transportan armas y explosivos y descienden en dirección al Bages. Cerca de Fonollosa colocan cargas de dinamita (fabricada por la Société Nouvelle Française en mayo de ese mismo año) al pie de tres torres

de líneas de alta tensión. Allí también dejarán una bandera de la CNT.

Era el 24 de julio de 1962, y sus sabotajes provocarán el corte total de suministro eléctrico entre las ciudades industriales de Manresa y Sabadell. Los dos anarquistas regresan después en dirección a la frontera francesa, pero la Guardia Civil está en estado de máxima alerta. Tras un primer enfrentamiento con ella, deciden separarse. Pedro Martínez, el último acompañante de Ramón, es detenido pocos días después tras un nuevo tiroteo y condenado en octubre a 30 años de prisión.

Por su parte, Ramón también tendrá problemas para cruzar la frontera: se encuentra con una patrulla de gendarmes franceses y abre fuego cerca de Prades de Conflent para despistar a sus perseguidores.

El verano siguiente, en 1963, ya solo y con 55 años, Ramón parte de nuevo hacia su zona de operaciones favorita: el Bages. El 2 de agosto de 1963 selecciona tres nuevas torres en los alrededores de Rajadell, (Manresa) cerca de la vía férrea. Sierra dos patas de cada poste antes de colocar cuidadosamente las cargas explosivas y las mechas lentas. A medianoche, los postes se doblan bajo la fuerza de las explosiones y el suministro eléctrico queda interrumpido.

La Guardia Civil entonces peina la zona movilizando a cerca de 400 hombres, basándose en un plan previamente elaborado tras sabotajes anteriores (po-

sibles rutas de paso, posición de la luna, horarios, días, etc.). El 7 de agosto de 1963, un cabo y dos guardias civiles de Manresa emboscan cerca de Castellnou del Bages. Es allí donde, pocos minutos después de la medianoche, los policías abren fuego contra un individuo que avanza con cautela a la luz de la luna. Gravemente herido, el hombre cae al suelo. Los policías se acercan e inspeccionan las heridas provocadas por los dos impactos de bala. En lugar de atenderlo, lo dejan morir desangrado. Su agonía durará hasta las 6 de la mañana. Su nombre era Ramón Vila Capdevila, el implacable *Caraquemada*.

Podría decirse que Ramón llevaba toda su casa a cuestas. Se le encontraron 5.779 pesetas y 100 francos, una mochila, cuatro cajas de plástico, una lata de café soluble, una radio portátil, un cuaderno de ejercicios de matemáticas, un mechero, una pistola Parabellum de 9 mm especial con un cargador adicional y 41 balas, una pistola calibre 45 con 37 balas y tres cargadores, una granada, un rollo de mecha lenta, rollos de cinta aislante, un manojo de llaves, varias sierras para metal, hojas de afeitar, un impermeable y un saco de dormir. Ramón está enterrado allí, en Castellnou del Bages.

Si la prensa franquista gritó victoria, al otro lado de los Pirineos, el Movimiento Libertario en el Exilio mantuvo un silencio injustificable. Del mismo modo que ocurrió cuando otros guerrilleros anarquistas como Sabaté murieron, no se alzó ni una sola voz para defender a

Caraquemada, recordar su lucha y su trayectoria, o lanzar un desafío a las autoridades franquistas. Ni una sola.

Solo en un periódico del movimiento francés, *Le Combat Syndicaliste*, aparecerá una necrológica de *Caraquemada* el 22 de agosto de 1963. Como dijo Antonio Téllez:

Si fue el franquismo quien mató a Ramón, fue el Movimiento Libertario en el Exilio quien lo enterró.



Hoy o mañana ya sé que tengo que caer. Luchas como la nuestra necesitan mártires y todo el mundo no puede pensar nunca en salvar la vida. Si se salva pues buena suerte. Si no, eso ya se tiene que dar por sentado. Hasta ahora la muerte me ha ido respetando... ¿Pero si me viene a recibir aquí o más allá, qué importancia tiene?

RAMÓN VILA CAPDEVILA.

Correspondencia con Federica Montseny



A LA VIDA ES NECESARIO BRINDARLE LA
ELEVACIÓN EXQUISITA DE LA REBELIÓN DEL BRAZO Y DE LA MENTE

Prometeo_ediciones@riseup.net

La recuperación de la memoria no consiste únicamente en rescatar nombres y acontecimientos del olvido, sino también en volver a poner en circulación experiencias, trayectorias y formas de resistencia que hacen parte de la historia de quienes lucharon contra la opresión y el fascismo. Este texto dedicado a Ramón Vila Capdevila nace de esa necesidad: la de mantener viva una memoria que durante décadas fue silenciada, deformada o relegada a los márgenes.

Conocido también como *Caraquemada*, Ramón Vila representa una de las expresiones más persistentes de la resistencia libertaria tras la derrota de la revolución y la guerra. Su trayectoria no pertenece únicamente a la historia de la guerrilla antifranquista; forma parte de un recorrido más amplio de dignidad, rebeldía y continuidad de la lucha anarquista frente a la dictadura. Recuperar hoy su figura no responde a un ejercicio de nostalgia, sino a la voluntad de comprender un tiempo histórico atravesado por enormes esperanzas y profundas tragedias, y de reconocer a quienes decidieron no aceptar la derrota como destino.

Anarquistas de Prometeo.
Verano de 2026